

que bullian en su alma, concebidos en el estudio de lo que pasa en otros países! ¡Cómo lo ocupaba constantemente el mayor bien de las ovejas que tenia encomendadas!

Mas ¡ay! Parece que no vuelve á la patria mas que para entregar él sus mortales despojos. ¡Señor Dios, dueño de la vida y de la muerte, pronto ibais á llevarlo hácia Vos! Era llegada la hora del premio en otra patria mejor. "Así pasa la figura de este mundo", segun la expresion bíblica.

Yo, hermanos míos, no os rogaría que os acercárais al lecho de muerte del Sr. Espinosa, si solo se tratara de ver espirar á una persona, por mas alta que haya sido; porque ¿qué cosa notable veríais? ¿Hay algo mas comun que la muerte? ¿No es ella un espectáculo que desagrada naturalmente, que causa horror, que nos entristece y nos hiere? Si os excito á que estemos por unos momentos junto al Sr. Espinosa moribundo, es porque sé que era para vosotros un padre amado, y porque su muerte es admirable, profundamente edificante y preciosa en presencia del Señor, como lo es siempre la de los justos.

No es aquí, sino en la capital del pais donde Dios, en sus altos y siempre sábios designios, dispone que muera el santo primer arzobispo de Guadalupe. Yo digo humildemente que esto seria así para que se hiciese mas notable, mas pública y sensible, la pérdida del hombre que fué el honor de

su Patria, y para que tuviera la ventura de morir auxiliado por seis de sus hermanos obispos, que providencialmente se hallaban en la capital de México. ¿No es verdad que así era digno de morir este siervo del Señor?

Lo que voy á decir en la presente página de mi discurso, no es mas que lo que he oido de los labios de un respetable testigo presencial del triste acontecimiento á que hemos llegado, de un sacerdote que tuvo la satisfaccion de cerrar los yertos ojos y recoger entre sus brazos el último suspiro del sabio y santo Sr. Espinosa.

Al punto que vió que contra su terrible y aguda enfermedad, nada podia la ciencia humana, dispuso con ánimo sereno que se le administrara el Santo Viático; y despues se ocupó en tributar alabanzas á Dios y en dar gracias á los nobles y magnánimos señores de la casa Barron en donde iba á ser su muerte, y donde habia recibido tan franca hospitalidad. ¿Y despues? En los negocios urgentísimos de su diócesis. ¡Siempre su diócesis! ¡Siempre nosotros! Se ocupó en transmitir las facultades que podia á su gobierno eclesiástico. ¿Y despues? ¡Ah! oidlo: en pedir perdon á todos! ¡Perdon él, Dios mio, que habia pasado haciendo el bien, que siempre habia afidado por vuestros caminos! Y despues, señores, en bendecir, porque así lo pidieron, á sus capellanes, y á sus amigos y á la familia que lo hospedaba. Y despues, en ordenar que al mo-

rir se rezara el cántico *Benedicite*, los actos de fé, y de ahí el responso por los muertos. Luego pidió que juntamente con él, dieran todos gracias á Dios, porque nada sufría, nada lo molestaba; y sin embargo, señores, era una enfermedad cruel y de suyo muy penosa la que nos lo arrebató.... Acabemos: se recogió con su confesor para alabar en alta voz, al Dios de las misericordias; y á poco..... *¡ya no es: fué el primer Arzobispo de Guadalajara!* Muerto en el ósculo del Señor, el 12 de Noviembre de 1866, su espíritu se remontó á los cielos.

Señores: cuando oí salir, entre sollozos de un pecho agradecido, esa narracion tan sencilla, como veis, en la forma; parecióme tan patética, sublime y trascendental en el fondo, que me propuse trasladarla aquí sin alteracion ninguna, si bien sin la viveza de expresion y de sentimiento que tiene en boca del digno sacerdote aludido.

¡Qué suave olor de santidad esparce en torno nuestro esa muerte preciosa! ¡Cómo sugiere un cúmulo de cristianas y saludables reflexiones, á que se entrega en silencio el alma, y las cuales no puede ni debe expresar el labio! El silencio, sí, es en ciertos momentos sagrados el idioma mas elocuente. Yo me abstendré, por lo tanto, de todo comentario sobre este triste suceso, porque forzosamente sería pálido y frio. El mejor homenaje que, después de las honras de la Iglesia, podemos tributar á ese varon ilustre, es el de pensar en su muer-

te tan edificante y tan cristianamente heróica, recogiendo nuestra alma en callada soledad. Eso será, al mismo tiempo que una plegaria por él, un paso hácia nuestro propio aprovechamiento espiritual. Paguemos este dulce tributo á su memoria que nos es tan cara.

Lo demás ya lo sabeis. Cuando llega aquí la fatal noticia de su fallecimiento, hay un duelo general, y hoy mismo, á pesar de que han pasado ya mas de nueve años, todavía se vierten lágrimas sobre esa urna cineraria. El pueblo, al saber que venian esos venerables restos, ha exclamado al punto: nada mas justo: son los restos de un santo. Eso se oia decir por todas partes. ¡Oh! Y esas tres palabras del pueblo: ¡era un santo! son el elogio fúnebre mejor y mas imperecedero que puede hacerse de un hombre.

Sí, nada mas justo y mas digno de alabanza que lo que ha hecho el V. Cabildo de esta Metrópoli: trasladar aquí esas reliquias preciosas para que reposen á la sombra de estos sagrados muros, y celebrar estos grandes funerales.

Solo la Iglesia sabe honrar cumplidamente á sus héroes: solo la Religion católica tiene palabras de vida eterna y homenajes propios para los muertos. ¡Qué horrenda profanacion la de sepultar un cadáver sin llamar para nada á la Religion, al ruido de la vana palabrería de un hombre sin mision sagra-

da! ¡Mil veces bendita esa religion que toma bajo su cuidado la tumba de los que amamos; que nos pone en comunicacion con ellos; que ruega sin cesar por su descanso eterno, y que nos consuela y enjuga nuestro llanto, diciéndonos: que un dia por la virtud del que es la Resurreccion y la Vida, se animarán de nuevo esos restos queridos y volverémos á ver en cuerpo y alma á los que fueron, y que entre tanto roguemos por ellos, pues quizá aun no acaben de purificarse á los ojos de Aquel que halla manchas hasta en los ángeles!

Hagamos, pues, lo que acaba de hacer la Iglesia: oremos por el que fué un verdadero sábio, un sacerdote lleno de piedad, y un obispo esclarecido y dignísimo. Que descanse en paz: que su espíritu que ha presidido esta lúgubre solemnidad, goce ya de lo que "ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni ninguna lengua humana puede describir;" y que nuestras fervientes súplicas se eleven y sean acogidas, como suave incienso, ante el trono de Dios.

REQUIESCAT IN PACE.



CORONA FUNEBRE

COLOCADA SOBRE LA TUMBA

DEL ILLMO. SE. DR.

**D. JOSE ANTONIO
DE LA PEÑA Y NAVARRO**

PRIMER OBISPO DE ZAMORA,

POR EL PRESB. D. IGNACIO AGUILAR

Canónigo de la misma Santa Iglesia.

ADORNADA

con dos láminas litográficas.



ZAMORA.—1877.

Imp. de J. M. T. Maldonado.